

del ser humano que vive, goza y sufre sus experiencias, únicas e insoslayables. Así estos poemas del escritor chileno.

Razón tiene al decir que "todas las voces llegan al oído del poeta". A veces, esas voces brotan de la tierra, ensayan su rumor desde el polvo que antes fuera vida, enhebran su melodía en los vuelos frustrados de un pájaro.

"Todas las voces llegan, gritan, exigen". He ahí que el autor de *Mi patria es difícil*, ha transmutado en canto esas realidades, esquivas, por lo demás, para muchos mortales.

VICENTE MENGOD.

<https://doi.org/10.29393/At398-122SPLM10122>

*La Serpiente del Paraíso*, de MIGUEL SERRANO. Nascimento.

Miguel Serrano es un hombre real, es el Embajador de Chile en Yugoslavia. Como Embajador habrá de conducirse como un hombre concreto, representante de un país, atento a favorecer sus intereses. Las relaciones internacionales, además de políticas, tienen un sólido basamento económico. Pero si leemos a Miguel Serrano apreciamos que por dentro está lleno de irrealidad, a lo menos de lo que los seres prácticos llaman irrealidad. Acaso es lo que resta de la juventud movediza de Miguel Serrano. Nacido en 1917, fue amigo de Héctor Barreto, cuentista prodigioso, asesinado en una calle de Santiago, en una lucha de carácter político. Después publicó la *Antología del verdadero cuento chileno* que, por supuesto, mereció hirientes reparos de nuestra crítica sesuda. Es que la crítica literaria chilena, por venir de la historia, en un país de historiadores, ha sido tradicionalmente equilibrada y muy lógica.

Tiene su origen en las murmuraciones de los conventos coloniales; pero se hace moderna y al alcance de todo el mundo con el sacerdote francés Omer Emeth, un caso ejemplar de equilibrio intelectual, de quien sabe dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Además, la crítica en cierto tiempo y casi hasta ahora es una barrera, cuidada por buenos gendarmes, encargados de reprimir toda fuga desbordada de la imaginación. Es sintomático que nuestra poesía carezca de crítica. Acaso todo esto tenga su origen en que después de la rica aventura andaluza y castellana, vinieron los vascos, llenos hasta la frente de su estricto sentido de los pesos y las medidas, de lo utilitario y de lo fútil. Hasta hoy cuando algunos hombres de Gobierno hablan de poetas, dan la impresión de referirse a unos personajes mitad payadores y tanguistas. En cambio, Robert Frost que acaba de morir, a los 86 años, fue invitado a leer un poema, al asumir el mando el actual Presidente de los Estados Unidos, John Kennedy.

Miguel Serrano Fernández, vástago de la vieja clase dominante chilena, es un hombre hecho de fantasía, un hombre irreal que tiene la virtud eso sí de actuar sintónicamente, de no perder el paso de la aparente normalidad, lo que viene a ser, en vulgar sentido, la cordura.

Hace muchos años, el escritor Miguel Serrano conquistó el Salón de la

Universidad de Chile, cuando el poeta peruano Alberto Hidalgo pretendía dictar una agresiva y polémica conferencia; otra vez, en el mismo paraninfo, agarró a golpes al poeta Eduardo Anguita que lo aludió ofensivamente, al disertar sobre Vicente Huidobro. Recuerdo al poeta Vicente Huidobro, con su perfil borbónico que le decía a Anguita, a pesar de ser pariente de Miguel Serrano, "sigue Anguita" y Anguita prosiguió impasible su lectura, repitiendo la alusión ofensiva para Serrano.

Ahora Miguel Serrano —hombre maduro— es en la superficie otro personaje, pero por dentro, para suerte de la fantasía humana, esa llama rutilante, que hace la vida algo original y digno de vivirse, es siempre el mismo. Lo prueban sus libros: *Ni por mar ni por tierra* (historia de una generación), publicado en 1950; *Quién llama en los hielos* (interpretación mítica del sur de Chile y de la Antártida), publicado en 1957, y *La serpiente del Paraíso* (de los Andes a los Himalayas), recién aparecido, con sello Nascimento, su obra cumbre, a nuestro gusto. Porque es preciso recordar que antes de ser designado Embajador de Chile en Yugoslavia, Miguel Serrano estuvo diez años en la India, mundo misterioso, sucio, tórrido y subyugante, descrito antes, entre una multitud de cronistas y desde muy diversos ángulos, por los médicos chilenos Juan Marín y Hernán Romero y por Marcos Llona.

La India que influyera en la formación esotérica de Augusto d'Halmar, de Pablo Neruda, era la túnica, el anillo que calzaba justamente en el dedo nervioso de Miguel Serrano. Nuestro escritor no podía conducirse como un Embajador protocolar en la India, alguien que juntara las manos e inclinara la frente, para cumplir, por urbanidad y aparente unción, con lo que todos hacen. Miguel Serrano se confundió en el mundo hindú, le entregó su cuerpo, su sangre, practicó sus ritos, anduvo como alucinado en busca de averiguar un misterio, algo que venía desde su pasado y se unía con el enigma del futuro. Algo que narrado —a pesar de que Serrano reconoce la vanidad exhibicionista, el deseo de sobrevivir que implica toda literatura— resulta subyugante. Y el lector llega a la conclusión de que lo visto por el doctor Hernán Romero, con todo su horror promiscuo; por Juan Marín a la siga del hilo filosófico, legendario del suceso y por Marcos Llona, frecuentemente, como una mixtificación, una "mise en scene", para el turista, es en Serrano angélica verdad, algo para lo cual él y los hindúes estaban predestinados. Y sigamos con atención esta infidencia entrañable del autor de *La serpiente del Paraíso*. Escribe Miguel Serrano en el capítulo "Yo y la serpiente":

"Para poder continuar en este libro creo que se hace necesario un preámbulo.

"Es ésta una narración de experiencias, de cosas vistas y vividas. Desgraciadamente, es en primera persona, debiendo agregarse por ello a mis otras narraciones *Ni por mar ni por tierra* y *Quién llama en los hielos*. Es la misma busca sólo que aquí trataré de explicarme más. El objeto de estas historias es el de poder dejar una indicación de ese recorrido que si yo no soy capaz de continuar hasta el fin otros deberán realizar en cualquier lugar del mundo. Si no he podido explicarme más claramente hasta ahora, es porque

no es posible hacerlo. Ya el hecho de escribir libros es una violación de las reglas del caminar. Los viajeros antiguos y silenciosos tendrán que perdonarme. Escribo, no sé por qué. Tal vez por ayudar; puede también que por vanidad, esa vanidad tan propia del hombre y del artista que, al no estar seguro de lograr la verdadera inmortalidad, pretende una gloria efímera, renombre entre los suyos o justificación.

"Pero no me ilusiono. Conozco que estas cosas no pueden ser populares. Están destinadas, por ahora, a unos pocos. Ellos me justificarán ante el resto, o me compadecerán.

"Para ser veraz, sólo puedo referirme a las cosas vividas y experimentadas por mí. Es dudoso, sin embargo, que la experiencia del alguien sirva a otros. Desde hace varios años me encuentro en la India. Por qué y para qué es lo que trataré de explicar. Y ello me lleva hacia atrás, a los primeros años de mi infancia, a los antepasados, a las sombras, dolores y glorias que llevo en mí.

"No puedo extenderme demasiado. Sólo intentaré comprender una parte del misterio. Nadie entiende bien su sangre, ni ha podido penetrar la sombra hasta sus confines.

"Cuando niños, vivíamos en los campos, junto a las altas montañas de nuestra tierra. Una vieja sirvienta nos cuidaba. Vio nacer a mi padre y nos narraba historias lejanas. Mi madre hablaba con ella de los cóndores de blanco cuello, que tienen manchadas de nieve las alas. Mi madre murió siendo muy joven, casi una niña. Ella cantaba con voz cristalina canciones que se perdieron en los cielos de la infancia. Casi no la conocí, pero fue mi primer amor, estoy seguro. Un día mi padre me tomó de la mano y me llevó por un sendero. En un claro, entre los álamos, me indicó el cielo de la tarde y me dijo: "Allá se fue tu madre". Desde entonces no la vi más.

"Pero aquella expresión de mi padre debe haberse grabado muy hondo en mí, pues recuerdo que más tarde, mucho después, me arrodillaba en los techos de nuestra casa y esperaba, con las manos entrelazadas, orando. Escudriñaba el cielo y, en las caprichosas formas de las nubes, me parecía ver a mi madre.

"Yo no lloré cuando mi madre murió. Tampoco cuando murió mi padre. Pero a veces, al despertar, aun hoy, descubro lágrimas secas en mi rostro". Hasta aquí la cita.

¡La madre! ¡La madre! Es una realidad y un símbolo demasiado fuerte. La madre dura, de regazo seco, produce, con frecuencia, los fugitivos más disparatados, inconformes con una realidad donde no asientan el pie; la madre tierna excluye durante años a las demás mujeres en torno del hijo, hasta que aparezca un ángel capaz de reemplazarla; la madre inasible, muerta en la infancia del hombre, ida al cielo, como se lo explicaron a Miguel Serrano, deja estos peregrinos de una irrealidad que calzan a medias en la existencia regulada, limitada, inventariada, de los hombres comunes. De ahí que la India, con su política teocrática, con su filosofía sustentada en la metafísica, era la tierra propicia para Miguel Serrano cuya afirmación parte gene-

ralmente de lo ansiosamente intuitivo para desembocar en una realidad que ve en sus más tristes perfiles, pero que alivia hacia una dulce y poética fantasía. Veamos esta obra prueba. Escribe Miguel Serrano:

"Nunca he podido quitarme de encima la curiosa sospecha de que esa miseria no es cierta, de que no puede serlo, de que es una comedia, de que está siendo exagerada. Los ojos de los miserables parecieran confirmármelo así. Aun en los moribundos hay una chispa, una luz de ironía, de complicidad hacia el fondo. Una rara sospecha.

"Si, la miseria de la India no tiene nada que ver con la de otros países del mundo. Si hubiera de definirla diría que es una miseria sana, a pesar de su abismal tragedia. No es una miseria depravada, es una miseria esencialmente religiosa. O bien, la fe, la concepción única del hinduismo, da paz mental. Aun en el miserable, sumido hasta el cuello en las letrinas, hay una mirada de paz, hay algo bello y profundamente espiritual. Es la marca de una raza distinta. Es el signo de un pueblo devorado, perdido y salvado por los dioses".

No importa entonces que asistamos a los más increíbles horrores, que en torno de la casa del Embajador de Chile duerman semidesnudos, cara al cielo estrellado, encima de sus catres, los conductores de taxis, trabajadores de los hoteles, mercaderes; ni que los devotos hagan gargarismos en el Ganges con el agua por donde navegan los pútridos muertos, ni que un hombre vaya con su mujer en un carrito de mano, reducida la infeliz nada más que a su torso y a su mirada vagarosa y profunda. Todo puede permanecer sin riesgo así y en otra reencarnación aquel despojo humano, dueño, no obstante, de la plenitud espiritual, puede ocupar el cuerpo ágil de una muchacha sana, veloz como una gacela. Frente a esta concepción se destruye el sentido racionalista, aséptico y utilitario de la vida en que para fabricar un alfiler no puede perderse ni el polvillo del metal, mientras la naturaleza produce un gusano gracias a un cósmico derroche. También la idea de que el hombre puede definirse materialmente en sus partes sólidas y líquidas, en el laberinto de su cerebro, en sus células nerviosas nunca renovadas, en la buena o mala actividad de sus riñones o de su hígado. Para Miguel Serrano, impregnado de la filosofía religiosa de la India, el hombre es un misterio permanente, siempre propicio al don sobrenatural, a la intervención de los astros o de las corrientes telúricas, sin desasirse de la certidumbre de que la vida y la muerte constituyen un misterio apenas entrevisto. Algo que no cabe discutir de plano, pero que tampoco puede llevarse al extremo, porque si el hombre no es un "robot" al cual se le golpea una rodilla a fin de que levante una pierna, activado su reflejo, y puede en pleno siglo xx morir nada más que de pena, aunque sus electrocardiogramas y exámenes de laboratorios sean perfectos, tampoco pueden rechazarse sus avances por las sendas del conocimiento íntimo y la posibilidad de que a medida que vaya desentrañando el cosmos, su vida se haga más expedita y hábil. Allí lo están probando por el cielo medido en otro tiempo nada más que por los astrólogos, los astronautas. Pero Miguel Serrano es como es y así es un hombre de gran talento, de imaginación desbordada, de contextura mítica que nos deleita con sus escritos. Y es él mismo

quien nos responde con estas palabras. Escribe el autor de *La serpiente del Paraíso*:

“Pero, más que a ninguna otra cosa, a Benares se viene a morir. Junto a las aguas sagradas, el hindú espera agotar su karma, liberarse, o bien, alcanzar una encarnación superior para la próxima vida. De ahí esos rostros iluminados, sobrepuestos al dolor de la carne, a la miseria del mundo, no viendo ya la sombra, pues han cruzado la cortina de la suciedad y los hedores, para aposentarse en el oro de la luz divina, en la perla, en el diamante de los lotos íntimos. ¿Quién ha logrado esto con tanta intensidad en el mundo sino la India, este pueblo mártir hecho para el sufrimiento, que lo busca, que lo ansía, para poder elevarse sobre él hasta cimas increíbles donde el pueblo entero, transformado, divinizado, emana un perfume, una fragancia que sólo algunos Santos del Occidente han logrado y que redime al Universo entero, al sistema planetario en su conjunto? ¡Pensar que la India moderna y sus gobernantes de hoy, educados en Cambridge o en Oxford, se avergüenzan de Benares, reniegan de la ciudad divina, pretendiendo transformar la India en una gran usina de máquinas de acero, limpiando su exterior, pero pudriéndola por dentro! La India moderna hiede ya, al igual que el resto del mundo, que se va descomponiendo en el alma, atacada de una lepra mucho peor que la que se ve en Benares, la lepra del modernismo, de la revolución industrial, del racionalismo.

“La cortina de suciedad y miseria oculta perlas, cubre diamantes; es una careta, es una penitencia. La cortina de acero del Kaliyuga, de la higiene, del control de la natalidad, del asfalto, de la ciudades de cemento, oculta la podredumbre del alma, el cadáver del espíritu que se descompone adentro, la nada, el vacío.

“Mi guía me dice: “La religión está reñida con la higiene . . ., pareciera que siempre ha sido así . . .”

¡Cuidado!, decimos nosotros, a pesar de nuestro cariño por Miguel Serrano, a quien, por lo demás, vemos siempre muy limpio y rasurado. Con una docena de teóricos geniales que piensen así, con poder fulminante de comunicación hacia los demás hombres, podríamos retornar a un paraíso cavernícola en que los roedores y la peste asolaran a la humanidad, quedando las naciones como espléndidas canchas para los nuevos bárbaros que guiados por su odio a la razón y a sus pautas, acumuladas en los libros, incendiaran las bibliotecas y todas las bodegas culturales, demostrativas a la postre de que el hombre, para suerte de la humanidad, es más grande en sus expresiones artísticas y filosóficas que en sus hechos reales, no pocas veces bastante estúpidos. Pero el libro de Miguel Serrano hay que leerlo paladeando su contenido poético, esa gradación que va de lo más confuso a lo más claro y simple, a una fantasía ansiosa que logra encajarse en las firmes estructuras de aquello que de improviso aceptamos como una realidad.